

El Complejo de David

FRANCISCO ALBERTOS CONSTAN

Llamo Complejo de David a esa tendencia compulsiva e irracional de numerosas personas a descalificar moralmente a los que aparentemente son más grandes, fuertes o inteligentes que ellas. El acomplejado, con esa única motivación de que el otro le supera en alguna de sus medidas, le percibe como adversario y actúa respecto a él como si tuviera motivos para descalificarle o desconsiderarle, empuñeñerle en cualesquiera de sus posibles virtudes y, si llegase el caso, romperle la cabeza con lo primero que encuentre más a mano. Y como David frente a Goliat en el famoso episodio bíblico, arrogarse la fama para siempre en nuestra Civilización de su arrojo, habilidad y sentido de lo justo al derribar al gigantón de una sola pedrada.

El sentido que tenga para la supervivencia este comportamiento, como el de la conducta agresiva del niño ante el hermanito que acaba de nacer y acapara la atención de la madre, se pierde en la noche de los tiempos. Seguramente, en los albores del paleolítico, en el puro individualismo salvaje, fundado en automatismos de origen reflejo y endocrino -y antes de que cristalizaran la horda y después la tribu como fórmulas sociales de convivencia cooperativa- la inclinación a igualar a mamporros los rasgos diferenciales que le ponían a uno

en desventaja con el vecino -incluso si éste era un hermano o el propio padre- podían tener una justificación, como la tienen los duelos prenupciales en numerosas especies de animales salvajes.

En la actualidad podemos considerarle un comportamiento aberrante, irracional, un "complejo" o conjunto de ideas automáticas, ancladas en el subconsciente, que de vez en cuando emergen e, inopinadamente, mueven a obrar al sujeto en determinada dirección, incluso si este comportamiento resultase a la larga perjudicial para el protagonista. Como todos los complejos, es un exceso o desequilibrio reaccional que pudo tener su justificación en algún momento evolutivo de nuestros antepasados primitivos y que, por su notable extensión en el actual momento de nuestra evolución social, puede considerarse como una "socioneurosis" -la cual, seguramente, tiene su justo origen histórico en los abusos, igualmente excesivos e injustificados, de Goliat- es decir, "los Goliat" de este mundo.

En el actual momento de nuestro desarrollo espiritual y cultural, este comportamiento envidioso y gratuitamente descalificador puede considerarse, simplemente, como un rasgo de mala educación que debería reprimirse en público y condenarse en privado. Pero, a causa de

su libre proliferación y ascenso estadístico en nuestros días, es conveniente apreciar y sopesar la importancia antropológica, sociológica, histórica, política y jurídica de este complejo. Dado que llevamos más de dos siglos soportando su predominio, uso y abuso, sin que nadie lo denuncie o se atreva a alertarnos del peligro que esta sensibilidad aberrante representa para el progreso humano, *cabe preguntarse si es que nuestro actual modelo humano de existencia representa, de hecho, un retroceso para el posible desarrollo humano.*

En el aspecto individual, el complejo de David se nutre del rechazo, consciente o involuntario, de las cualidades del otro; es decir, del exceso de competitividad o envidia, surgida de las desigualdades entre las personas, vivenciadas por el desfavorecido como injustas, como inadmisibles. En la relación interpersonal, las inevitables diferencias de preparación cultural, capacidad intelectual, atractivo físico o simplemente estatus, tienden a verse como mero oportunismo por parte del que se considera en desventaja. Herencia, raza, país, nación, victoria política, "carambola" u ocasión favorable oportunamente aprovechada, son las muletilas racionales con las que el inferior consigue neutralizar moralmente su desventaja frente al otro, vivenciado como insostenible adversario.

En la vida cotidiana nos encontraremos con alguna frecuencia viejos conocidos que, con una mirada torva en medio de la obligada salutación, parecen desaprobarnos nuestro aspecto indumentario, la marca de nuestro automóvil u otros rasgos de nuestro posible estatus. Si, por ejemplo, nos preguntan por nuestra marcha en la profesión, es para espantarnos acto seguido con su brillantísima trayectoria económica, su perspicacia en la elección de la casa, etc. -no importa que, objetivamente, esos signos externos sean manifiestamente inferiores a los nuestros.

Y cuando ese encuentro se prolonga unos minutos, advertimos que el sujeto en cuestión "ha pasado a la acción" y exhibe vertiginosa e intempestivamente sus

éxitos profesionales, su especial habilidad para la compra de un televisor o el hábil descuento obtenido en el canje de su magnífico automóvil. Y si milagrosamente logramos encajar en esa conversación-competición algo positivo acerca de la marcha de nuestra propia vida, ellos siempre tendrán una anécdota propia semejante pero, eso sí: más reveladora e importante. A medida que avanza este inopinado encuentro-match con que gratuitamente nos hemos encontrado, vamos sintiendo de la incómoda sensación de que nuestro propio tamaño se reduce más y más, de que últimamente hemos debido perder el tiempo y las oportunidades en la adquisición de casas, coches, mujeres, amigos o, simplemente, hemos carecido de la necesaria sensibilidad para elegir la película de los viernes o el lugar de vacaciones veraniegas. No sabemos vivir, en suma.

Nos damos cuenta de que, aunque la amistad y los contactos con ese sujeto se prolongasen toda la vida, no tendremos nunca con él la más mínima oportunidad de reconocimiento o de que nuestra inteligencia, valores o "gracia" personal puedan ser objeto de su aprecio; con él no llegaríamos nunca a nada, no tendríamos la oportunidad ni de presidir nuestro propio entierro. Como los jibaros, este acompañado reduce siempre nuestra cabeza o nuestras cualidades a límites imperceptibles, incompatibles, en todo caso, con cualquier gesto de aprecio por su parte.

Llegados a este punto, no dudemos un instante en diagnosticar: estamos ante un individuo que ha manifestado frente a nosotros su complejo de David. Por lo que sea, le duelen nuestro tamaño, nuestras virtudes y se afana en soterrarlas, incluso a costa de una constante e inmoderada exhibición vanidosa y desconsiderada de las suyas. Si estuviera en su mano obstaculizar nuestros éxitos -incluso si tales éxitos, en parte, fueran "suyos" precisamente a causa de su condición de socio nuestro, o sirvieran para pagar su sueldo de mayordomo, secretario, ayudante o simple empleado doméstico -lo haría con toda naturalidad y despreocupación.

Pero este fenómeno psicológico trasciende lo meramente individual. Razas ("los" judíos, "los" gitanos, "los" blancos, "los" negros, etc.); pueblos ("los" catalanes, "los" corsos, "los" andaluces, etc.); naciones ("los" franceses, "los" españoles, "los" alemanes, etc.); estratos sociales ("los" trabajadores, "los" empresarios, "los" políticos, "los" militares, etc.); capas generacionales ("los" padres, "los" hijos, etc.); corporaciones profesionales ("los" médicos, "los" periodistas, "los" profesores, "los" jueces, etc.); disfrutaron de las consecuencias de ese mismo desvío neurótico en muchos de sus miembros, descalificadores en bloque de los grupos que se supone adversarios, con más o menos intensidad o extensión.

La evolución histórica prueba que esa profunda revolución que suponen los cambios de paradigma en las sociedades, como los cambios de modelo humano, se relacionan en buena medida con el fracaso del "viejo orden" para entender las inevitables diferencias entre los hombres y su correspondiente jerarquización. Todo sistema consolidado históricamente y, desde luego, todo autoritarismo, tienden a fijar las condiciones de evolución en la pirámide social y a ignorar los casos particulares en provecho de un modelo más o menos válido, preestablecido desde nociones estadísticas, también más o menos válidas. La supresión de la diferencia (unicismo, reduccionismo) en asuntos humanos genera una parálisis del progreso, de la expansión evolutiva y debe ser tomada como sospechosa en cualesquiera sistemas de convivencia o conocimiento; arruina la creatividad, los mecanismos de riqueza (económica, cultural, política, espiritual) e inevitablemente favorece a grupos, personas o sistemas, con grave detrimento del estímulo, el impulso creador y la capacidad global de otros.

El ejemplo colectivo más notable del triunfo del complejo de David -es decir, de la supresión irracional, compulsiva, de toda diferencia- lo tenemos en el ordenancismo funcionarial, en la desfachatez con

que el funcionario de turno se niega a escuchar "anécdotas" como el retraso del pago de un impuesto a causa del accidente de automóvil de toda la familia o de la catástrofe económica sufrida en el negocio, etc. Este ordenancismo reduccionista hace que el payaso tenga que hacer reír al público el día de la muerte de su esposa, que el joven díscolo, desorientado respecto de sus obligaciones, tenga que despeñarse y ser apartado de la vida social, primero con su expulsión por parte del director del colegio -incapaz de ver en este asunto un fracaso suyo profesional- y después por parte de la aplicación estricta e intransigente de todas aquellas leyes que le sumen más y más en la marginación y el fracaso social. Y en estos procesos lamentables - que no tienen más origen que el desamor y la insolidaridad- no podemos esperar que los "guardianes del orden" tengan el más mínimo remordimiento.

Las actitudes irracionales frente a las diferencias entre unos y otros seres humanos hace necesario meditar sobre la fuerza de la debilidad, sobre la debilidad de la fuerza, sobre la fuerza de la fuerza y la debilidad de la debilidad. Pero, de todos modos, las reacciones aberrantes, injustamente segregacionistas o neuróticas, acaban siendo neutralizadas. La autorregulación es una ley general de todo lo vivo que hace que, en la práctica, ningún sistema puede crecer tanto que destruya a todos los que le son coherentes y/o complementarios.

El manejo con éxito rotundo de la debilidad es una constante en nuestra vida cotidiana. Vemos al débil -es decir, al autofacultado para no tener que apreciar las cualidades o diferencias supuestamente ventajosas en aquél a quien juzga- por todas partes refugiarse ostentadamente en su debilidad para defenderse o, incluso, para atacar y vencer. El niño que acaba de hacer una travesura -sabiamente medida desde la intuición de que sus mayores le disculparán "por ser pequeño"- se preocupa más de hacerla pasar sin castigo que de asumir su mal comportamiento; la viuda que no sabe llevar su negocio y disponer los

pagos a punto y reclama ser disculpada constantemente; el anciano al que no hacen caso y exhibe su torpeza, tristeza y debilidad ante la nuera o el yerno; el drogadicto que atraca resucitadamente una farmacia sin remordimientos "porque está necesitado de una droga para cuya adquisición no tiene dinero"; el extranjero, el sordo o el inculco desconocedor del idioma, que se refugian en sus dificultades para interpretar órdenes o reglamentos a su antojo...; el funcionario, como dijimos, "obligado" a ejecutar porque "tiene que atenerse única y exclusivamente a la norma" y, según declara, no tiene más agarradero que dicha reglamentación.

Por donde quiera y en todos los niveles de la existencia humana, el fantasma de la debilidad, la limitación simplista y la insuficiencia, son empleados como arma arrojadiza, capaz muchas veces de paralizar al más arrogante armado caballero. Es claro que, con mucha frecuencia, el triunfo de la debilidad es debido a la presencia más o menos intensa de la solidaridad y el amor entre las gentes, que palián con la comprensión toda intransigencia. Pero el reduccionismo en lo colectivo (resentimientos de clase, de raza, de países, de generaciones, de aquellos que están delante o detrás de la ventanilla, etc.) no se puede paliar simplemente con amor o comprensión y conduce a grandes crisis históricas, de gravísimas consecuencias.

En otra interpretación de la debilidad como motor de lo humano, el David de la Biblia sugiere que con audacia, valor y justicia -sobre todo, justicia- se puede vencer un gigante. Es especialmente consolador para los débiles saber que no hay enemigo pequeño, si bien en este caso la audacia, la justicia y el valor están de parte de David y en contra de Goliat, lo que no es moco de pavo, como suele decirse en la Mancha. En todo caso, es conveniente hacer constar que esto es ideología, que la idea de la fuerza que tiene la cólera de los justos es muy próxima al judaísmo y, naturalmente, a ciertas interpretaciones del cristianismo.

Por el contrario, la idea parafascista de la deificación de la fuerza, la exaltación de lo heroico y lo perfecto, el menosprecio por el igualitarismo democrático, etc., tiene para sus partidarios un significado de reacción contra lo que se considera decadente y opuesto al necesario crecimiento humano hacia las más altas cimas de perfección. Pero hemos probado las amargas, crueles, consecuencias históricas del triunfo parcial de esa utopía: el racismo, el chovinismo, el oportunismo, la chulería de patio de colegio, la ética de la bofetada, el matonismo, el menosprecio, en suma, de lo humano, a partir de un reduccionismo ramplón. La deificación del fuerte (ahora se dice, con cierto ingenuo desparpajo americanista, "el ganador") deja, en general, malparado al *hombre*.

Desafortunadamente, el camino del hombre y la civilización hacia lo perfecto, hacia la luz, no está todavía demasiado claro, pero no parece ir por los cauces del reduccionismo. En cualquier caso, la realidad de la convivencia cotidiana nos sorprende continuamente con leyes ocultas de comportamiento que, a primera vista, resultan paradójicas. Se practica lo que no se dice. Se dice lo que no se hace. El aparente triunfador, a menudo lo es más como consecuencia de una especie de obcecación triunfalista sostenida con marketing que como premio a su laboriosidad; otras veces, al contrario, el éxito se presenta como resultado de tomar la laboriosidad como si realmente fuera auténtica eficacia. Esta es la verdadera confusión de lenguas a que alude la Biblia.

Las relaciones entre personas están basadas en un universo de convenciones entre las que el idioma es, acaso, uno de los factores menos importantes. Las diferencias entre las gentes -es decir: entre un hombre cualquiera y otro hombre cualquiera- son tan enormes que la actividad comunicativa es en ocasiones imposible. En todo caso, es siempre un proceso complejo y delicado, sembrado de escollos capaces de anular, desviar o desnaturalizar sus aparentes propósitos.

Tomemos, por ejemplo, la "natural" relación de superioridad que se da entre el alumno y el profesor. ¿Qué supone explicarle a un alumno una lección? A primera vista, la situación es clara "Se supone" que el alumno no sabe, sabe poco o de manera insuficiente, por lo que, al tomar el papel de profesor, el enseñando supone también que sabe bastante y, en todo caso, de manera suficiente. Ambos parecen suponer que el esfuerzo comunicativo entre ambos es posible y será, seguramente, fructífero.

El individuo en el papel de profesor "se supone" que es generoso, que esforzadamente va a entregar algo valioso que él posee a alguien que lo necesita en su proceso formativo, con independencia de que ese alumno lo agradezca adecuadamente. Por su parte, el enseñado "se supone" que va a comportarse con humildad y reconocimiento, va a ubicarse lúcidamente en su ignorancia y tratar de extraer el máximo fruto del esfuerzo comunicativo del profesor. El refuerzo de la amistad entre ambos será consecuencia inevitable de esas vivencias limpiamente compartidas. Y en el curso de ese trabajo pedagógico, las dificultades serán cada vez menores y el entendimiento más fluido y fructífero.

Pero es el caso que, en la práctica, este modelo apenas si se da en los términos y con la lógica antedicha. El profesor no suele estar ahí, lúcida e inequívocamente para enseñar generosamente, ni el alumno se asume en su ignorancia o toma al otro como maestro, ni la situación comunicativa suele ser la más favorable, ni la amistad crece, ni el entendimiento es cada vez más fluido.

Desde luego, el profesor conoce su superioridad: sabe que es llave importante en el proceso administrativo de la consecución de los títulos que el alumno necesita para situarse en el mundo; sabe que la Administración espera de él un elevado nivel de exigencia y control en las pruebas de aptitud de los alumnos; sabe que, en las condiciones de trabajo habituales, con más de cuarenta

alumnos en cada clase, con abusiva complejidad y extensión de los contenidos de estudio, difícilmente podrá enseñar a todos adecuadamente los programas.

Por su parte, el alumno -todos, excepto cinco o seis de cada clase- sabe que la asistencia a clase no es un acto agradable de comunicación y enriquecimiento, sino una obligación oscura, penosa, de captación aleatoria de conceptos dispersos-vertidos por el profesor sin apenas técnica pedagógica-, advertencias severas de castigo en los exámenes si no se esfuerza en memorizar la letra pequeña de los textos oficiales y ejercicio de una tarea de obligada, anónima y silenciosa presencia en clase, comparable a la de los "extras" en la filmación de una película; los verdaderos protagonistas son unos pocos, entre los que sí puede darse la lógica antes referida.

Sencillamente, las diferencias entre los componentes de una situación comunicativa y la constelación de intenciones cruzadas en que se desenvuelven, deteriora la relación hasta hacerla en muchos casos estéril o, incluso, contraproducente. El alumno, distanciado moralmente del profesor y empequeñecido en su indudable debilidad, generaliza olímpicamente su respuesta a "todos los profesores", toma una actitud crítica frente a ellos, les descalifica de antemano y con ello sienta las bases de su posible futuro fracaso escolar. El profesor, por su parte, constata esa descalificación moral de "los" alumnos y abandona toda responsabilidad en su formación -en todo caso, tiene miedo de "ser bueno".

Las relaciones entre personas -si nuestra civilización ha de progresar hacia la luz y no hacia la guerra, la decadencia o el desamor -deberán ser siempre directas, limpias, "de hombre a hombre". El entramado de intenciones tácitas que siempre nos mueven, frecuentemente nos distancia de aquellos con los que en teoría deberíamos tener una fácil relación de amistad o colaboración. Las superestructuras psicológicas, socia-

les y culturales en que viajamos inmersos por la vida nos aleja más y más a unos de otros, hasta hacernos creer fácilmente que podemos ser y tratarnos como enemigos.

Por eso, con el nombre de Complejo de David, intento definir uno de los factores de distanciamiento, rencor, envidia y racionalización del desamor que con más frecuencia se presentan en nuestras relaciones sociales habituales. Cuando entre dos personas hay diferencias de edad, preparación, fortaleza física, posición social o económica, cultura, raza o nacionalidad, la que ocupa el lugar más bajo o humilde tiende a ignorar, ocultar, combatir o, simplemente, neutralizar la diferencia: es una ley de gravedad del espíritu.

La reacción habitual del que ocupa la posición de debilidad es la de infringirle al otro la derrota moral más sencilla: "tú eres más grande, o más fuerte, o más preparado, o más rico, o mayor que yo "... así, cualquiera". Y a partir de esa -instantánea, inevitable- descalificación moral, David toma la honda habilidosamente, dispara y, como el que no hace nada, revienta el ojo y la cabeza de Goliat.

El David que imaginamos -y con el que nos solemos encontrar con alguna frecuencia- parece obedecer a una idea oculta como esta: "soy el patito feo; cualquiera me puede menospreciar; no soy nada ni nadie espera gran cosa de mí; "es injusto" depender de todo el mundo y que la llave de mis necesidades esté siempre en otras manos; me niego a reconocer en los demás su superior estatura". Pero no hay tal idea oculta -ni, por tanto, desgaste moral en esa apuesta. Se trata de un verdadero automatismo, subconsciente, fisiológicamente irracional.

El complejo de David es connatural a situaciones humanas como: a) la de un bebé o un niño, prácticamente desvalido respecto de sus mayores, *con tal de que se dé la circunstancia de que el*

amor de una madre o cuidadora no esté continuamente presente para hacerle sentir "su fuerza" emocional, suscitadora de ese afecto; b) (por idénticas razones) la de un anciano solitario, abandonado o distanciado del verdadero y continuo cariño de su familia; c) (por idénticas razones) la de un discapacitado; d) (por idénticas razones) la de un enfermo crónico; e) la de un padre de familia en paro, distanciado de una sociedad que parece no necesitarle, que parece serle hostil y para la que -sospecha- es, en cierto modo, un estorbo; f) en definitiva, cualquier situación personal de debilidad o insuficiencia prolongadas, unida al sentimiento de desconexión afectiva con los demás, a la falta de amor y/o solidaridad.

A su vez, las situaciones favorecedoras de la aparición y sostenimiento de este complejo son aquellas profesiones y/o ubicación social que implican inferioridad, recibir órdenes, realizar tareas de servicio que por su naturaleza van a controlarse por otros: en los toros, subalterno, mozo de estoques, etc. (muchos de ellos toreros fracasados, además); en medicina, auxiliares, cuidadores, etc.; en arquitectura, ayudantes, oficiales, jefes de obra, etc.; en una casa de pisos, el portero; en una cátedra, el profesor ayudante o el encargado de prácticas, etc.; en el hogar, el ama de llaves, la criada, el mayordomo, el chofer; en el despacho, el botones, la secretaria, el empleado; y así hasta donde se quisiera llevar el análisis.

El hijo, desde esta perspectiva moral, se ve exonerado de respetar al padre; el alumno, al profesor; el ciudadano, a la autoridad; el empleado, al jefe; el trabajador, al propietario; el enfermo, al médico; la mujer, al hombre; el harapiento, al ciudadano convencional; el acusado, al juez; el pariente pobre, al pariente rico; el conductor de un utilitario, al usuario de un Mercedes; el futbolista modesto, a la estrella de un equipo; el reportero de calle, al columnista consagrado; un director general, al Presidente o al Jefe del Estado.

Cabe preguntarse, por tanto, si no será una variante (vergonzante, eso sí) del complejo de inferioridad. El sujeto animado de este estado emocional reconoce o vive únicamente en las necesidades propias, al tiempo que, con igual fuerza, rechaza las necesidades de aquél o aquellos a quienes considera "Goliat" (un pensamiento que jamás se permitiría aflorar a su consciencia es el de que Goliat pudiera, tal vez, tener también "sus" necesidades y "su" corazoncito). Para los "Goliat" reserva únicamente antipatía e intransigente enfrentamiento. Les critica, sermonea y rezonga en su intimidad, por lo que, cuando físicamente se presenta la ocasión, hace imposible que los supuestos "Goliat" le cuenten confiadamente sus problemas: no parece nunca dispuesto a escuchar, ya que les ha descalificado previamente.

A menudo, esta actitud "racista", intransigente, canaliza su vida directamente y les conduce a no poder salir de la trampa de la inferioridad real, que es la dependencia y la relación maliciosa o poco constructiva, carente siempre de amistad. Aparentemente, lo que más les podría descentrar o perturbar es hacerse caritativos -mucho menos, amistosos, ayudadores- con sus "Goliats". Todo aquello que pudiera acrecentar el sentimiento de seguridad en sí mismos de sus supuestos adversarios es descartado en el comportamiento hacia ellos. Por ejemplo, en ciertas situaciones, la apertura emocional, la aceptación de lo amistoso, lo tierno y lo sensible, son algo casi obligado que ese David envidioso, enfadado, celoso y suspicaz, rechaza como si fuesen cosas del Diablo. Por su comportamiento, parecería, en ocasiones, que desean ser odiados por "sus" Goliats o, en todo caso, se muestran indiferentes al juicio que a estos pudieran merecerles.

Esta ley está tan arraigada en nuestro modelo cultural -y seguramente en el actual momento de desarrollo del alma humana- que incluso las utopías políticas modernas parecen estar inspiradas de una u otra manera en ella. La mayoría de partidos de masas fomentan el resentimiento indiscriminado a sim-

bolos, clases e instituciones, en mucha mayor medida que promover la defensa viril de un orden positivo más humano, más comprensivo, más justo..., incluso para aquellos que ahora parecen ser más altos, más inteligentes, más cultos o que, incluso, pueden poseer un coche o una casa más importante que la nuestra.

Y pese a que el pensamiento y el crecimiento espiritual se basan en el hallazgo de la diferencia, la visión unitaria -reduccionista- de la realidad se impone una y otra vez en el mercado de las ideas. La Academia y la Cátedra sostienen este método reduccionista a capa y espada, naturalmente. Pareciera que, en el momento actual, por todas partes se ha apoderado de las gentes la idea de que "todos somos iguales" y de que, si no lo fuéramos, "es una injusticia que es preciso combatir". La igualdad, así entendida, es un principio estético-moral y no una eventual realidad científico-filosófica.

Y no importa que la realidad manifestada a cada instante ante nosotros desmienta esta suposición de igualdad. Una y otra vez, sin aparentes razones de peso -excepto, eventualmente, las de carácter estético o moral-, ignoramos la diferencia entre persona y tendemos olímpicamente a "condenar al fuerte", al que está encumbrado, etc., con lo que la espontánea jerarquización de la existencia -en función de las diferencias de creatividad, oportunidad, inspiración, laboriosidad, tenacidad, orden, sacrificio, fortaleza, justicia, arrojo, sabiduría, belleza, bondad, etc., etc. -deja de funcionar y se crean así, poco a poco, las condiciones para una completa despersonalización y desmantelamiento de cualquier estímulo positivo o creador.

Sin duda, a nivel de pueblos y naciones, parte de la culpa histórica de este igualitarismo irreal, salvaje y compulsivo la tienen las sociedades centro y noreuropeas que emergieron tras la Reforma, deificadoras de Goliat y posibilitadoras de los excesos del capitalismo posterior ("el hombre debe ser creativo y fuente de riqueza"; "si progresamos,

somos laboriosos y nos hacemos ricos, Dios estará de nuestra parte"; "Dios apoya las diferencias a mi favor, conseguidas con mi imaginación y mi esfuerzo"; "siempre hubo ricos y pobres"; "la organización social es una escalera, resultado de la cooperación de todos; yo tengo siempre a alguien por encima a quien debo obediencia y, a mi vez, también mando sobre el de abajo").

Este concepto sadomasoquista de las relaciones interindividuales -magistralmente estudiado por Eric Fromm en su "Miedo a la Libertad- parece santificar de antemano toda diferencia y desembocar en el secuestro de la libertad -es decir, de la dignidad- individual y en todos los excesos del capitalismo como sistema. Indudablemente, al caer en manos de unos pocos hombres y familias el control del poder en la sociedad industrial, se convierte a la inmensa mayoría de ciudadanos en inevitables servidores de un sistema en que Goliat predomina injustamente y en muchos casos comete flagrantes y hasta gratuitas injusticias. Se legitima así, aparentemente, la ira de David.

Efectivamente, hay razones históricas, -sobre todo militares, políticas y económicas- para considerar sospechoso al fuerte. La cooperación económica, política, científica y militar genera tan explosivas "bolsas de poder" que prácticamente no hay nada en nuestra cultura capaz de pararlas. Por eso, este peligro hay que controlarlo mediante sistemas humanistas-escrupulosamente respetuosos del hombre y de lo humano- de organización del Estado y principios de convivencia internacional capaces y coherentes con la importancia de la fuerza que tienen que controlar.

Esto es similar a lo que se intenta hacer con la energía atómica: dominarla para su ventajoso empleo con fines pacíficos. La riqueza, el desarrollo industrial y científico, la explosión de la cultura de masas, etc., no pueden tener como única consecuencia la humillación o destrucción del hombre. El eterno abuso de los fuertes no puede convertirse

en una coartada para destruir las claves más importantes de nuestro desarrollo.

Pero una ley de persecución de todo acúmulo de poder, de toda grandeza, de toda diferencia, arruinaría la cultura y el espíritu. Ya lo hemos visto en el fracaso estrepitoso de algunas utopías igualitarias modernas o en el de algunas políticas populistas de exceso de mimo con los desheredados, a los que, en muchos casos, se ha convertido sencillamente en pasivos zánganos de la colmena social.

La cura esencial, aquí, ha de ser de naturaleza individual, para conseguir o propiciar que el sujeto acepte el profundo reconocimiento de su propia verdad, de su propio valor, *sin comparaciones neuróticas* con los ajenos. Que reconozca como un mandato moral, como un deber de justicia, la necesidad del conocimiento de las necesidades, la capacidad y limitaciones, tanto propias como ajenas. Que intente contemplar la existencia desde la perspectiva de que todo hombre es capaz de tener los gestos más nobles, generosos y admirables, si está dispuesto a ello. Que grabe a fuego en su memoria que no hay superiores ni inferiores absolutos; "lo que es arriba, es abajo; lo que es abajo, es arriba".

En cualquier caso, no parece mentalmente muy higiénico aprobar el rencor sistemático hacia el vecino -o el cuñado, o el primo, o el colega profesional- desde el argumento de que tiene mejor posición económica o social que nosotros. O quitar la razón a un contertulio "porque era estuquiado y sabe más cosas". O minimizar el mérito de una brillante carrera artística "porque al muchacho le dieron una beca", o "porque su padre ya le enseñaba de pequeño".

Para alcanzar nuestra verdadera grandeza, seguramente tendremos que aprender a respetar y amar... ¡incluso al fuerte, al guapo, al inteligente, al sabio, al bondadoso, al simpático, al padre, al maestro, al que ha recibido un premio u ocupa una superior posición a la nuestra!

¿Quién sabe lo que pensaba el pobre Goliath, ni a quién o qué defendía cuando le dio David la pedrada? ¿O es que el superior tamaño o posición es de suyo una injusticia y, por tanto, decisivo argumento de agresión y descalificación?

Es obligado el respeto por todo hombre, como por la obra bien hecha, aunque ésta sea un puente, una autopista o un avión transoceánico que reclaman el esfuerzo y cooperación de numerosas multinacionales, fundamentalmente inspiradas en el beneficio económico y en buena parte alejadas de todo humanismo. Y es obligada la colaboración física y moral con los grandes de este mundo en muchos aspectos de la existencia. Pero, respecto a los fuertes, es obligado intentar odiarles en igual medida que a los débiles y, en todo caso, con criterios de estricta justicia y no inspirados en nuestra reducida estatura respecto a ellos. Es preferible identificarse con la grandeza antes que dispensarle nuestra envidia; sólo es aceptable la envidia que desemboca en emulación, en incentivo para alcanzar la propia e intransferible excelencia.

Veamos esto desde la perspectiva de la Ley de Cinco Movimientos, del taoísmo chino. La envidia tiene su ori-

gen en el yo herido; es amor propio herido; por tanto, corresponde a fuego. Sin embargo, se nos presenta como una manifestación moderada de ira o agresividad, que, desde luego, pertenece al movimiento madera, "madre" del fuego. Ello se debe a que el yo, insuflado energéticamente por un sentimiento de amenaza o desconsideración: tanto daño es drenado debidamente por el hijo (el movimiento tierra: reflexión, racionalidad, practicidad, sentido de lo justo) y, como dicen los viejos textos chinos de acupuntura, "si el hijo no mama adecuadamente, aparece congestión en el pecho de la madre". Por su parte, el "abuelo" de fuego -el agua: alerta, flexibilidad, fluidez, comunicación, penetrabilidad, influencia no agresiva sobre los demás- tampoco tiene la energía necesaria para moderar los excesos del nieto que, ensoberbecido, puede volverse contra el abuelo. Esta congestión en el elemento fuego no moderado por la acción del abuelo (agua), supone un flujo retrógrado hacia madera -madre de fuego- que, bloqueada e irritada, manifiesta una actividad (disarmónica) de descarga en forma de agresividad indiscriminada.